ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

VENGANZA CUMPLIDA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA Y SANCHEZ-ARJONA

Representado en el Teatro Español el 7 de Marzo de 1882.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1882.

VENGANZA CUMPLIDA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Ensayos poéticos.—(Agotada.)

Suspiros y lágrimas.—(Agotada.)

Poesías líricas y la Vírgen de la Servilleta.—(3.ª edición.)

Pequeñas historias.—(Edición de lujo.)

¡Guerra!

Cantos y cuentos.

DRAMÁTICAS.

Padres ante todo.—Cuadro dramático en un acto y en verso.

La ciencia de las mujeres.—Comedia en un acto y en verso.

¡Ni en África!—Apropósito en un acto y en verso.

Vivir muriendo.—Drama en tres actos y en verso.

Venganza cumplida.—Drama en tres actos y en verso.

VENGANZA CUMPLIDA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA Y SANCHEZ-ARJONA

Representado en el Teatro Español el 7 de Marzo de 1882.

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1882

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
LAURA..............	SRA. D.ª ANTONIA CONTRERAS.
BEATRIZ............	RITA REVILLA.
FERNANDO..........	D. RAFAEL CALVO.
CONDE...............	DONATO GIMÉNEZ.
FORTÚN..............	JOSÉ CALVO.
JEFE DE LA RONDA.	M. JIMÉNEZ.
Alguaciles.	

La escena en Bruselas en la época de Felipe II.

ACTO PRIMERO.

alón espacioso. Puerta grande al foro. A la derecha, en primer término balcón practicable, en segundo término una puerta secreta. Entre el balcón y la puerta un retrato de cuerpo entero de una señora con traje de la época. A la izquierda dos puertas. Muebles lujosos pero severos. Entiéndase derecha é izquierda la del actor.

ESCENA PRIMERA.

LAURA y BEATRIZ.

BEATRIZ. Inútil es vuestro enpeño
no puede ser.
LAURA. (Suplicante.) Beatriz.
BEATRIZ. Ea;
digo que no: si fuí débil
hasta aquí, de hoy más es fuerza
que, con mi deber cumpliendo,
á mi señor le dé cuenta
de lo que pasa. No es justo
que el señor conde no sepa
los amores de su hija,
ni está bien que yo consienta
que os visite el capitán
á hurtadillas y...
LAURA. ¿Me dejas
terminar?
BEATRIZ. Como querais.

LAURA. Pues bien, escúchame atenta.
El capitán don Fernando
llegó hace tiempo á esta tierra
precedido del renombre
que le dieron sus proezas;
y há un año próximamente,
que en el atrio de la iglesia
vecina de San Gotardo
nos vimos por vez primera,
y desde entonces ya sabes...

BEATRIZ. Sí; ya sé: desde esa época
olvidándoos de las flores,
de los juegos y muñecas,
vuestra constante alegría
fuese trocando en tristeza;
y al preguntaros la causa,
con voz balbuciente y trémula;
confesasteis...

LAURA. Que le amaba
de tal modo, que creyera
que sin él carga pesada
me sería la existencia.

BEATRIZ. Despues me hicisteis llevarle
billetes, y no contenta,
dos veces le hice venir
por esa entrada secreta,
exponiéndome á que el conde,
vuestro padre, descubriera...

LAURA. No temas, de lo ocurrido
mi padre nada sospecha.

BEATRIZ. ¿Mas cual puede ser la causa
de que ocultos permanezcan
por más tiempo sus amores?
¿Acaso mejor no fuera
que le hablase á vuestro padre
don Fernando?

LAURA. En eso piensa
sin duda, porque me ha escrito
dándome la triste nueva
de que el servicio del rey
dejar á Flandes le fuerza;
pero que antes de partir
me suplica le conceda
una entrevista, y despues
verá la mejor manera
de dejar todo arreglado,
con el fin de que á su vuelta
la felicidad soñada
en realidad se convierta.
Por eso á rogarte vuelvo
que á mis súplicas accedas
y ahora que salió mi padre,
y él impaciente allí espera
(Señalando hácia la calle.)
hasta mí le hagas llegar
para que al fin lograr pueda...

BEATRIZ. Pero si...

LAURA. (Suplicante y con cariño.) Vamos, Beatriz.

BEATRIZ. Mas si el conde. (Vacilando.)

LAURA. Nada temas.
Desde este balcón bien puedes
observar si acaso llega,
y no hay peligro ninguno
de que sorprendernos pueda.

BEATRIZ. (Después de un momento de vacilación.)
Digo que no.

LAURA. Beatriz mia,
¿por qué á mis ruegos te niegas
queriéndome como dices?

BEATRIZ. Por lo mismo.

LAURA. Tú eres buena
y no me harás padecer.

Además, quizás dependa
mi dicha de esa entrevista,
y puede que se resuelva
á hablar con mi padre. Vamos,
repara que el tiempo vuela. (Impaciente.)
¡Vas al fin!

BEATRIZ. (Cediendo á su pesar.) ¡Pues no he de ir!
Ejerceis tal influencia
sobre mí, que comprendiendo
que no hago lo que debiera,
hago lo que me mandáis
sin replicar.

LAURA. Corre, vuela.

(Beatriz sale por la puerta secreta y Laura se dirige al balcón y mira un breve instante hacia la calle.)

ESCENA II.

LAURA.

Allí anhelante esperando
está, como siempre fiel
á su palabra, y pensando
sin duda, que aquí aguardando
le estoy con ansia crüel.

(Se retira del balcón y se adelanta al primer término.)

En el dulce cautiverio
de amor, al verle caí,
y alegre sufro su imperio,
sin descifrar el misterio
de lo que siento ahora en mí.
Es dolor y es alegría,
es sufrimiento y placer,
es gozo y melancolía,

¡es la luz del nuevo dia
que va invadiendo mi sér!
Cuando él se encuentra á mi lado
desparece esta zozobra,
y es mi pecho enamorado
como el pobre encarcelado
que su libertad recobra.
Lejos él, ningun consuelo
hay que mi dolor acalle;
y quedo en mi desconsuelo,
como sin luces el cielo,
como sin flores el valle.

ESCENA III.

LAURA, FERNANDO y BEATRIZ, que entran por la puerta secreta.

FERNANDO. (Corriendo hacia ella.) ¡Vida mia!
LAURA. (Corriendo á su encuentro.) ¡Mi Fernando!
FERNANDO. Al fin, tras largo esperar
logro mi dicha encontrar.
BEATRIZ. (Asomándose al balcón.)
Desde aquí estaré observando
si viene el conde.
FERNANDO. (A Laura.) No sé
que extraña fascinación
ejerce en mi corazón
tu amada presencia, que,
como van al mar los rios,
cuando tu presencia pierdo
siempre tras de su recuerdo
van los pensamientos mios.
Y mi amante frenesí
comprenderás si te digo

que al dormir sueño contigo
y al despertar pienso en tí;
y que tales mis desvelos
son, y mi cariño es tal,
que ya sufro el sin igual
tormento que dan los celos.

LAURA. ¿Tú celos?

FERNANDO. Yo celos, sí.

LAURA. Serte fiel mi alma juró.
¿Dudas?

FERNANDO. De tu afecto no.

LAURA. Entónces...

FERNANDO. Dudo de mí.
Que abrigo el convencimiento
que si llego á poseerte,
lo debo sólo á la suerte
pero no al merecimiento.
¿Qué soy y qué valgo? Nada.
Yo soy un aventurero,
en esta tierra extranjero,
sin más bienes que mi espada.
Y aunque nací en noble cuna
ni nombre ostentar me es dado,
que así lo ha determinado
mi siempre adversa fortuna.
Por eso recelo hablar
al conde de mis amores.

LAURA. Desecha necios temores
que no debes abrigar;
puesto que yo eterna fe
á tu amor tengo jurada
y por nadie ni por nada
mi promesa olvidaré.

FERNANDO. ¿Mas tu padre?...

LAURA. Accederá
de fijo; ¡me quiere tanto!

FERNANDO. ¿Mas si se niega?
LAURA. Mi llanto,
sí, mi amor le vencerá.
FERNANDO. Es que desgraciado y todo
soy altivo, y no quisiera
que su desdén ofendiera
mi orgullo.
LAURA. De ningún modo.
FERNANDO. Que aunque tu amor codiciado
es mi vida, no dudara
y la vida me arrancara
antes que verme humillado.

ESCENA IV.

Dichos y FORTÚN por la puerta del foro.

FORTÚN. ¿El conde?
FERNANDO. (Volviéndose rápidamente.) ¿Quien va?
LAURA. (Sobresaltada.) (¡Dios mio!)
BEATRIZ. (Yendo hacia él.) ¿Que se te ofrece?
(Fortún, que habrá adelantado pocos pasos, se queda mirando fijamente á Fernando, quien á su vez mira de arriba abajo á Fortún. Laura baja la cabeza como avergonzada.)
FORTÚN. (Sin separar la vista de Fernando.) Buscaba
al señor conde y juzgaba
que en este salón...
FERNANDO. (Mirando á Fortún, como extrañándole la insistencia con que le mira.)
(Sombrío
aspecto el del escudero
es por mi nombre, pardiez.)
FORTÚN. (Luchando con sus recuerdos.)
(Sí, yo he visto alguna vez

la faz de este caballero.
¿Pero en donde? (Recordando.)
Es cierto... (Con terror.) Sí,
es él.)

BEATRIZ. ¿Quieres algo?

FORTÚN. (Retirándose.) Nada.
(La sospecha era fundada;
¿mas por donde ha entrado aquí?)
(Vase por el foro.)

ESCENA V.

Dichos menos FORTÚN.

FERNANDO. (A Laura.) Estás pálida, temblando.

BEATRIZ. Todo, señor, se ha perdido.

FERNANDO. ¿Por qué?

LAURA. (Con amargura.) Cuanto ha sucedido
mi padre sabrá en llegando.

BEATRIZ. (A Laura.) Ya veis con cuanta razón
hace poco me oponía....

LAURA. Quien imaginar podía.

FERNANDO. ¿De qué nace tu aflicción?
¿Presumes que ese villano?...

LAURA. Todo se lo ha de contar.

BEATRIZ. Me manda, me manda ahorcar.
¡Dios nos tenga de su mano!

FERNANDO. Preocupaciones.

BEATRIZ. Friolera.
¡Con su genio!.. No hay remedio
nos mata.

FERNANDO. (A Laura.) Yo tengo un medio
y suceda lo que quiera.
Aunque al conde no pensé
hasta mi regreso hablar,

pues no es posible ocultar
nuestro amor, hoy le hablaré.
Y así explicar mi presencia
podéis de un modo cumplido
diciéndole que he venido
á demandarle una audiencia,
y que no hallándole aquí
he dicho que volvería,
que aunque hablarle no quería
la suerte lo quiere así.

LAURA. ¿Y le dirás?

FERNANDO. Le diré.
nuestra pasión amorosa,
y la causa misteriosa
de mi afán le contaré.
Hasta luego.

LAURA. Adiós.

FERNANDO. Adiós.

LAURA. En tu palabra confio.

FERNANDO. ¡Ruégale al cielo, bien mio,
tenga piedad de los dos!
(Vase Fernando por la puerta secreta y Laura y Beatriz por la primera de la izquierda.)

ESCENA VI.

CONDE y FORTÚN por la puerta del foro. (El primero se sienta en el sillón junto á la mesa de la izquierda, el segundo queda de pie á cierta distancia.)

CONDE. (Entrando.) ¿Estás seguro?

FORTÚN. Seguro.
En este mismo aposento
le encontré con doña Laura
y Beatriz.

CONDE. ¿Mas por qué medio
y á qué fin llegó?
FORTÚN. Lo ignoro:
mas tengo el presentimiento,
desde el punto en que le ví,
que no ha de ser nada bueno.
CONDE. ¿Qué presumes?
FORTÚN. Ya le dije
que al hallarle, en el momento
me pareció recordar
su imagen, y con efecto
es el retrato viviente
de D. Ramiro.
CONDE. (Impaciente.) ¿Volvemos
otra vez á tus temores
y á tus pueriles recelos?
FORTÚN. Será lo que vos queráis,
pero desde hace algun tiempo
tengo...
CONDE. Falta de valor
é impertinencias de viejo.
FORTÚN. ¡Decid más bien que se acerca
ya de mi existencia el término
y en el borde del sepulcro
brotan los remordimientos!
CONDE. Aun está por vez primera
que á mí me quiten el sueño
cobardes preocupaciones;
pero al asunto volviendo,
¿dices que aquí le encontraste
y, que á juzgar por su aspecto
y su traje, es capitán
de los españoles tercios?
FORTÚN. Si señor.
CONDE. ¿Con quién hablaba
cuando entraste aquí?

FORTÚN. En el centro
de la estancia doña Laura
y él estaban, y, no lejos
de ellos, Beatriz.

CONDE. ¿Y no oiste?

FORTÚN. Ni una palabra.

CONDE. A tu puesto
vuelve, y que nadie sospeche
lo acontecido.

FORTÚN. Obedezco.

(Vase por el foro.)

ESCENA VII.

EL CONDE.

No me engañé. Tiempo hacía
que recelaba yo esto.
En el semblante de Laura
bien claro pude leerlo;
que aunque trataba de hacer
de su pasión un misterio,
para el corazón de un padre
no puede un hijo tenerlo.
¿Mas quién es que así se oculta
á mi vista? ¿Será cierto
que tanto se le parece
á don Ramiro?... Me temo
que al fin el viejo Fortún
me va á llenar de recelos,
que de igual modo que un tonto
puede un cobarde hacer ciento.
Que se le parezca ó nó
¿qué me interesa? Él ha muerto;
y aunque viviese y quisiera

pedirme cuentas, aun tengo
el brazo bastante fuerte
para esgrimir el acero,
y el suficiente coraje
para contestar al reto.
Lo que importa ahora es saber
la verdad, lo que hay de cierto,
y Beatriz... Pero conviene
disimular y con tiento
descubrir. (Llamando.) Beatriz... No sea
que por buscar el remedio...
(Llamando.) Beatriz.

ESCENA VIII.

CONDE y BEATRIZ que entra por la primera puerta de la izquierda.

BEATRIZ. ¿Llamabais, señor?
CONDE. Acércate.
BEATRIZ. (Dios eterno,
¿si lo sabrá?)
CONDE. ¿Doña Laura
dónde está?
BEATRIZ. En su aposento. (Con viveza.)
¿Queréis que la llame?
CONDE. No.
Hablar contigo prefiero
de un grave asunto.
BEATRIZ. (No hay duda
se lo han dicho... ¡Dios eterno!..)
CONDE. (Con dulzura.) Acostumbrado á mirarte
en casa desde hace tiempo
te aprecio como si fueras

de la familia.
BEATRIZ. (Reponiéndose un poco.) Agradezco
tal merced, y por mi parte
hago todo cuanto puedo
por corresponder...
CONDE. A más
sé que para tí secretos
Laura no tiene y quisiera
consultarte: soy ya viejo
y antes de morir sería
para mí dulce consuelo
el dejar establecida
á mi hija: tengo un proyecto...
Pero antes de hablar con ella
saber de fijo deseo
si libre su corazón
está. (Estas últimas frases con marcada intención y fijando con insistencia su vista en Beatriz.)
BEATRIZ. (Turbada.) Señor conde...
CONDE. (Con gravedad é impaciencia.) Espero
digas cuanto sepas.
BEATRIZ. (Cada vez más turbada.) Yo...
Nada sé.... pero no creo...
ella... en fin... vos... (¡Ay Dios mio!)
CONDE. La verdad.
BEATRIZ. Es que...
CONDE. (Con ira.) Acabemos.
Es en vano el disimulo
é inútil el fingimiento.
Lo sé todo.
BEATRIZ. (¡Virgen santa,
bien me lo estaba temiendo!)
CONDE. Sé que el amante de Laura
la visita aquí en secreto,
que tú le encubres traidora,
que anda mi honor muy expuesto,

y que es preciso evitar
con muy eficaz remedio
que continúe.

BEATRIZ. Yo os juro...

CONDE. Calla, infame, que no acierto
á explicarme por qué causa
tu villanía sabiendo,
no castigo cual debiera.
Ahora lo que saber quiero
es su nombre... Pronto, pronto;
ó vive Dios que te cuelgo,
para lección provechosa
y saludable escarmiento.

BEATRIZ. (Y lo hará como lo dice.)

CONDE. Su nombre. (Con ira reconcentrada.)

BEATRIZ. (Temblando.) Se llama.

CONDE. Presto.

BEATRIZ. Don Fernando de Cardona.

CONDE. ¿Español?

BEATRIZ. Por tal le tengo.

CONDE. ¿Militar?

BEATRIZ. Y muy bizarro.

CONDE. ¿Ilustre?

BEATRIZ. Parece serlo.

CONDE. ¿Hace mucho que se tratan?

BEATRIZ. Un año hará que se vieron
por vez primera.

CONDE. ¿Y aquí
vino á menudo? Te advierto
que si me engañas, la vida
puede costarte.

BEATRIZ. (Lo creo.)
Sólo ha venido dos veces
y hoy que según dijo, á veros
vino y despues volverá.

CONDE. ¿Le quiere Laura?

BEATRIZ. Con fuego.
CONDE. (Contrariado.) ¿Pero quién es ese hombre?
BEATRIZ. Yo más deciros no puedo
(Mirando hacia la izquierda.)
Pero ella viene y podrá
esclarecer...
CONDE. Vete; quiero
á solas con ella...
BEATRIZ. Voy.
(Á Laura al entrar.)
(Habéis llegado á buen tiempo
todo lo sabe y está
furioso.)
LAURA. (Á Beatriz.) (Bien; ya veremos.)

(Vase Beatriz por la primera puerta de la izquierda. El Conde queda un momento pensativo. Laura con la mirada baja permanece silenciosa á cierta distancia.)

ESCENA IX.

CONDE, LAURA y luego FORTÚN.

CONDE. (Mirando á Laura.) (Su presencia me fascina
y me subyuga su acento;
la quiero tanto, que siento
que á mi pesar me domina.)
(Con cariño.) Ven acá, Laura.
LAURA. (Id.) Señor,
¿que tenéis?
CONDE. Honda tristura.
¿Dí: sabes tú, por ventura
lo que es el paterno amor?
¿Ese amor que nunca muere,
noble y desinteresado,

que siempre al objeto amado
quiere sólo porque quiere?
Que sin ser correspondido
más se acrecienta é inflama,
sin que amortigüen su llama
indiferencias ni olvido?
Es amor grande y profundo
como el Dios que le crió,
amor que al mundo engendró
y despues redimió al mundo.
Amor que en su rectitud
sufre el tormento más fiero
si ve su afecto sincero
pagar con ingratitud.
¿Por qué su pasión amante
tu corazón me ocultaba,
sin ver que la delataba,
á su pesar, tu semblante?

LAURA. Obré mal y me arrepiento,
y humilde perdón os pido,
que ofusca siempre el sentido
cuando impera, el sentimiento.

CONDE. Mas si quieres evitar
que nunca en lo porvenir
tengas penas que sufrir
y ofensas yo que vengar,
sé franca siempre conmigo;
que mi amor y mi experiencia
sabrán guardar tu existencia
de asechanzas al abrigo.
Díme, ¿quién es ese hombre
que tanta dicha ambiciona?

LAURA. Don Fernando de Cardona
y Sandoval es su nombre.

CONDE. Mas ¿quién es?

LAURA. Tan sólo sé

que es mi dicha, mi tesoro,
mi esperanza, y que le adoro
con inquebrantable fe.

CONDE. ¿Y estás cierta de su amor?

LAURA. Lo juró. (Con convicción.)

CONDE. Mas si te miente...

LAURA. Imposible. Es un valiente
y no hay valiente impostor.

CONDE. Amor que entre sombras vive
á la traición se asemeja.

LAURA. La prudencia lo aconseja
si hay razón que lo motive.

CONDE. Mas ¿qué razón puede haber
que así le obligue á ocultar?...

LAURA. Pues en breve ha de llegar
por él lo podéis saber.

CONDE. Si él es digno de tu amor
se hará lo que tú quisieres,
mas que transija no esperes
si dél no es merecedor.
Que antes que mal empleada
prefiero muerta llorarte,
que es menor pena mirarte
sin vida que desgraciada.

FORTÚN. (Entrando por el foro precipitadamente.)
Señor, señor.

CONDE. ¿Quién?

FORTÚN. (Reponiéndose al ver á Laura.) Permiso
solicita para hablaros
el capitán...

LAURA. A dejaros
voy con él.

CONDE. Sí, que es preciso
que á solas...

LAURA. Ansiosa espero
saber...

CONDE. En mi amor confía.
LAURA. No olvideis que es mi alegría
y con el alma le quiero.
(Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

CONDE y FORTÚN.

CONDE. Fortún, ¿qué es eso? Tu cara
claro refleja el pavor.
FORTÚN. Es que el capitán, señor,
es don Ramiro de Lara.
Ahora, que bien le he mirado
no me cabe duda, no.
CONDE. Si hace años ya que murió.
FORTÚN. Sin duda ha resucitado.
CONDE. Tu miedo que ve visiones.
FORTÚN. Le aseguro...
CONDE. (Contrariado.) Basta ya.
Díle que pase.
FORTÚN. (Viendo aparecer en la puerta del foro á Fernando.)
Aquí está.
CONDE. (Mirándole fijamente.)
En efecto, esas facciones... (Vase Fortún.)

ESCENA XI.

CONDE y FERNANDO.

FERNANDO. Cumpliendo un deber sagrado
hoy ante vos me presento.
CONDE. Tomad, si gustais, asiento
y decid.
(Fernando se sienta en el sillón de la derecha, el Conde en el de la izquierda.)

FERNANDO. Rudo soldado
á Flandes, señor, llegué
por mi rey á pelear,
mas á poco de llegar
prisionero me encontré.
Por vez primera el valor
y la calma me faltaron,
y vencido me llevaron
á la cárcel del amor.
¿Cómo no, si sus pasiones
halagando frente á frente
lucharon con mi alma ardiente
de Laura las perfecciones?
Venció Laura, y su victoria
para mi triunfo que alabo
fué, que al hacerme su esclavo
ser vencido fué mi gloria.
Tanto que pediros quiero
que en esta grata prisión
dejéis á mi corazón
por eterno prisionero. (Pausa.)
Decidme, ¿qué respondéis?

CONDE. Vuestra demanda escuché
y, francamente, no sé
si tal dicha merecéis;
que apasionado y vehemente,
sin duda, no habéis notado
que al memorial ha faltado
la firma del pretendiente.
El nombre.

FERNANDO. (Después de un momento de vacilación.)
Mal se acomoda
mi nobleza al fingimiento,
y menos en un momento
que os debo la verdad toda.
Vos, de la mujer querida

padre, tenéis un derecho
á sorprender en mi pecho
el secreto de mi vida.
Mas al deciros quien soy
cumpliendo con un deber,
os digo lo que saber
nadie ha logrado hasta hoy.
Y esto bien alto declara
la rectitud que me abona:
Para el mundo soy Cardona,
para vos Fernando Lara.

CONDE. (Con sorpresa.) ¿Qué decís?

FERNANDO. Tal me apellido
aunque un juramento santo
me impida llevarle en tanto
que cumpla lo prometido.

CONDE. (Con intención y fijándose en el efecto que producen sus frases.) Vuestro nombre en mi memoria
evoca confusamente
el dramático incidente
de cierta amorosa historia
que un español me contó,
y en la que había una dama
que, ardiendo en impura llama,
con su amante se fugó.

FERNANDO. ¡Vil calumnia! (Con ira y viveza.)

CONDE. Aunque no os cuadre
refiriéronmelo así
y repito lo que oí.

FERNANDO. (Con fuego.) Esa dama era mi madre.
Y no es disculpa, cual piensa,
decir que lo habeis oído:
bastó el haberlo creído
para inferirle una ofensa. (Ligera pausa.)
De mi madre la memoria
la calumnia ha mancillado,

y pues os han engañado
escuchad, esta es la historia:
De la península hispana
en un castillo severo,
vivió, de su dicha ufana,
una hermosa castellana
unida á un noble guerrero.
Ambos de elevada cuna,
él cual ninguno valiente,
y ella honrada cual ninguna,
eran, por tanta fortuna,
la admiración de la gente.
Mas, como nunca en la tierra
dicha eterna se ha de hallar
y el mal en el bien se encierra,
al fin la voz de la guerra
vino su dicha á turbar.
De su castillo querido,
cumpliendo sagrada ley
y de escuderos seguido,
marchó el noble decidido
á combatir por su rey.
Y aquella marcha mirando,
presa de extraños temores,
quedó la esposa llorando,
contra su seno estrechando
al hijo de sus amores.
Y un día tras otro día
pasó el tiempo lentamente,
y el guerrero no volvía,
y la dama se veía
en un peligro inminente:
Que un vil se atrevió á poner
(A la palabra vil movimiento en el Conde.)
en su hermosura los ojos,
y sus desdenes al ver

por fuerza satisfacer
juró sus torpes antojos.
Hasta que un mal servidor,
seducido por el brillo
del vil oro tentador,
dió franca entrada al traidor
en el honrado castillo.
(Movimiento de impaciencia en el Conde.)
(Pausa.)

Poco después, al tornar
aquel guerrero esforzado
tras de rudo batallar,
desierto encontró su hogar
y su puro honor manchado.
De pena y dolor transido,
pero con aliento fuerte
y á vengarse decidido,
se encontró al fin sorprendido
por los brazos de la muerte.
Ya muy próximo á espirar
al hijo llamó á su lado
obligándole á jurar
aquella ofensa vengar,
y con acento angustiado:
«Mi honrado nombre, le dijo,
la deshonra mancilló,
para llevarle te exijo
la venganza y sucumbió
entre los brazos del hijo. (Pausa.)
A un noble y viejo escudero
quedó el niño confiado
por orden del caballero:
el tiempo corrió ligero,
y en hombre el niño trocado,
la venganza solamente
halló en su pecho cabida;

pero el destino inclemente
del cobarde delincuente
(Movimiento reprimido en el Conde.)
ha preservado la vida.
(Con fuego creciente.)
¡Que ni aun su nombre siquiera
saber pude; y mi profundo
odio es ya de tal manera
que por saciarle ahora, diera
cuanto ambiciono en el mundo!

CONDE. (Con ira reconcentrada.) (¡El era! Razon tenía
Fortún al imaginar...
y es preciso terminar
para siempre.)
(Con altivez á Fernando.) La hija mía,
insensato, no advertís
que no puede ser de un hombre,
que ocultar debe su nombre
como un crimen?

FERNANDO. (Con altivez.) ¿Que decís?
Mi nombre...

CONDE. Debéis primero
hacer que brille sin mengua.

FERNANDO. Basta, contened la lengua
ó no contengo el acero.
Que no por ser vos el padre
de Laura tenéis derecho
á injuriar cual lo habéis hecho
la memoria de mi madre.
Y no sé como hasta aquí
os pude en calma escuchar
lo que no he de tolerar
ni á vos, ni á Laura, ni á mí!

ESCENA FINAL.

Dichos y LAURA que sale precipitadamente por la primer puerta de la izquierda.

LAURA. ¡Esas voces!
CONDE. ¡Laura!
FERNANDO. (A Laura.) Adios.
LAURA. ¿Qué pasa?
FERNANDO. (Al Conde.) Quiera el destino
que jamás en mi camino
vuelva á encontrarme con vos!
LAURA. ¿Pero me queréis decir?...
FERNANDO. No lo podrás comprender.
LAURA. ¿Te vas?
FERNANDO. Para no volver.
LAURA. ¿Adónde vas?
FERNANDO. (Con desesperación.) ¡A morir!
(Sale precipitamente por el foro.)
LAURA. (Arrojándose en los brazos del Conde.)
¡Padre!... Padre... por favor,
por piedad, calmad mi anhelo...
¿Qué sucede?
CONDE. Que hoy el cielo
hizo imposible tu amor.

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración. Al alzarse el telón, Beatriz aparece asomada al balcón de la derecha y Fortún entrando por el foro, con una luz que coloca sobre la mesa de la izquierda.

ESCENA I.

BEATRIZ y FORTUN.

FORTÚN. ¡A quièn espera la dueña
doña Beatriz? (Con ironía.)
BEATRIZ. (Quitándose del balcón, contrariada.)
¿Yo no espero
á nadie: lo habéis oído?
FORTÚN. Perdonadme, mas al veros
á ese balcón asomada
durante muy largo trecho,
me ha parecido prudente
daros un noble consejo.
Para amante tenéis ya
muy arrugado el pellejo,
el corazón muy gastado
y muy averiado el cuerpo.
BEATRIZ. Deslenguado.
FORTÚN. Y no os conviene
perder la calma y sosiego

en cosas, que, ya á su edad,
ni dan honra ni provecho.

BEATRIZ. Dejadme.

FORTÚN. Por otra parte,
el oficio de tercero
trocarse en el de difuntos
puede al menor contratiempo,
que así lo ha jurado el conde
y á cumplirlo está dispuesto,
y la vigilancia es mucha
y de evadirla no hay medio;
por lo tanto, buena dueña,
cuidaros de mi consejo,
y á ese balcón asomada
no malgastéis vuestro tiempo.

BEATRIZ. Nadie consejos le pide
al mal pensado escudero;
y es lástima que los gaste
quien necesita de ellos. (Pausa.)

FORTÚN. Nada he dicho... ¿Y doña Laura
se resignó?

BEATRIZ. Ni por pienso.
De llorar no cesa un punto
desde ayer, y con su genio
testarudo, acostumbrada
á no sufrir contratiempos,
y prendada hasta el delirio
de don Fernando, me temo
que, si no cede su padre,
va á tener un fin funesto
este amor. Mas yo presumo
que cederá.

FORTÚN. No lo espero.
Conozco muy bien al Conde
y me consta que en diciendo
una cosa, la sostiene

aunque se oponga el infierno.
Que á su corazón de roca
y su voluntad de acero,
ni amenazas le intimidan
ni le conmueven lamentos.

BEATRIZ. ¿Mas cual puede ser la causa
de su oposición? De cierto
vos la sabéis.

FORTÚN. Lo presumo.

BEATRIZ. ¿Y cuál es? (Con curiosidad.)

FORTÚN. A lo que infiero
son poderosos motivos.

BEATRIZ. ¿Y qué motivos son esos?

FORTÚN. No lo sé, pues en la vida
me preocuparon ajenos
cuidados, por cuya causa
si despreciáis mis consejos,
y por arte del diablo
os sucede un contratiempo,
ahorcar os veré impasible.

BEATRIZ. Antes permitan los cielos
que ciegues tú, que tal vas.
¡Hereje, judío, perro!

FORTÚN. Calle la vieja gruñona.

BEATRIZ. Pues calle el necio escudero.

FORTÚN. Más os valiera rezar
y pensar en que muy presto
tenéis que dar cuenta á Dios
de lo mal que empleáis el tiempo.
Conque lo dicho: aliviarse
y no olvidar mi consejo. (Vase por el foro.)

ESCENA II.

BEATRIZ y LAURA.

BEATRIZ. Este sólo es el culpable,
con sus chismes y sus cuentos,
de que se dude de mí,
pero si á vengarme llego...
(Viendo aparecer á Laura en la primera puerta el izquierda.)
Doña Laura. (Corriendo á ella.)
LAURA. Beatriz mía,
¿No ha venido?
BEATRIZ. No le veo
por más que miro.
LAURA. ¿Es posible
que desatienda mis ruegos?
¿Tú le entregaste mi carta?
BEATRIZ. Si, señora. Aunque mil riesgos
amenazan mi existencia
si vuestro amor favorezco,
por no veros padecer
accedí á vuestros deseos,
y yo misma se la dí
al capitán.
LAURA. Premie el cielo
tu interés. ¿Y que te dijo?
BEATRIZ. Quedóse al pronto suspenso
como quien duda y vacila
entre contrarios efectos;
después dijo:—«No es posible,
á su casa yo no debo
volver», y tras larga pausa
preguntó por vos, y atento

escuchó la relación
que le hice de vuestro duelo,
y al oir que decidida
á cumplir el juramento
que le hicisteis os hallabais,
quedó otro rato en silencio,
y al fin exclamó: —«Ve, y dile
que esta noche nos veremos.»
Yo entonces le dí la llave
del postigo, con objeto
de que pueda sin ser visto
llegar hasta aquí.

LAURA. ¡Qué lento
para quien ansioso espera
su curso desliza el tiempo!
Víctima de aspiraciones
y encontrados sentimientos,
aquí le aguardo anhelante,
y al par su presencia temo.
Si la razón es fría nieve
y el amor ardiente fuego,
¿cómo es posible que juntos
puedan caber en un pecho?
Por un lado mi cariño
apasionado y violento,
y por otro la obediencia
que á mi buen padre le debo...
Mas en contienda tan ruda
la ventaja es del primero,
que el deber viene de fuera
y el amor vive aquí dentro.

BEATRIZ. ¿Y que haréis?

LAURA. ¿Lo sé yo acaso?
¿Leve arista que en su seno
el huracán arrebata
puede marcar su sendero?

BEATRIZ. ¿Pero si el conde persiste,
seréis capaz de oponeros
á sus designios?

LAURA. No sé.

BEATRIZ. ¿Ó á su mandato cediendo
acaso?...

LAURA. ¡No! Mi cariño,
tranquilo y manso arroyuelo
al nacer, es ya torrente
que se desborda en mi pecho:
y si un obstáculo ahora
se le interpone, violento
le arrollará, que ninguno
hay capaz á detenerle.

BEATRIZ. ¿No habéis oido? Sin duda
son sus pasos. (Escuchando. Se dirige hacia la puerta secreta y la abre.)

LAURA. ¿Dios eterno,
por qué si le hice venir
ahora su presencia temo?

ESCENA III.

Dichas y FERNANDO.—BEATRIZ se coloca á observar desde el balcón.

LAURA. Fernando.

FERNANDO. Laura.
(Permanecen un momento abrazados.)
Tu llanto
cese ya, por compasión.

LAURA. Fernando, mi corazón
ha sufrido tanto, tanto!,
que deja que ardientes rueden
mis lágrimas por despojos,
y así te dirán mis ojos

lo que mis labios no pueden;
pues tal es la pena mía,
que, al robarme dicha y calma,
ya no cabiendo en el alma
mal en los labios cabría.

FERNANDO. Ella tan sólo ha podido
obligarme á que viniera.
¿Qué me quieres?

LAURA. Yo quisiera
saber cuanto ha sucedido:
la causa que...

FERNANDO. A tu inocente
razón comprender no es dado
que se le juzgue culpado
á quien no fué delincuente;
ni habrá nunca presumido
que la pena del ladrón
sufra, como una expiación,
aquél que robado ha sido:
y pues que ignorante estás
de esas prácticas arteras,
la causa saber no quieras,
que no la comprenderás.

LAURA. ¿Pero y mi amor?

FERNANDO. Ni esperanza
ya de alcanzarlo me alienta.

LAURA. ¿Por qué?

FERNANDO. Lo impide una afrenta,
que se oculta á mí venganza.

LAURA. ¿De esa manera al olvido
das tu fe?

FERNANDO. ¿Cómo podré?
¡Juzga tú si te querré
cuando á esta casa he venido!
Tu padre ayer me ultrajó
y á tí te debe el vivir,

mas nunca debí venir
á esta casa.

LAURA. ¡Por qué no?

FERNANDO. Porque si á verle volviera
y el insulto renovara,
ó él la vida me arrancara
ó entre mis manos muriera.

LAURA. ¿Por qué tan airado y fiero
te muestras contra mi padre?

FERNANDO. Al injuriar de mi madre
la memoria que venero,
ayer, un abismo abría
entre los dos, sepultura
de la tuya y mi ventura,
de tu esperanza y la mía.

LAURA. ¿Qué dices?

FERNANDO. Él me negó
tu mano, y en mi altivez
no he de volver otra vez
á demandársela yo.
Que si no te merecí
mal merecerte pudiera
humillándome, que hiciera
mayor la distancia así.
Rigores son de la suerte
que inhumana me ha otorgado
la dicha de haberte amado
porque más sienta perderte.

LAURA. ¡Imposible! ¿Sin tu amor
qué fuera la vida mía?
Una perpetua agonía,
un martirio aterrador.
Al calor de tu cariño
despertó el alma anhelante
con la ilusión del amante
y la inocencia del niño;

y trémula y extasiada,
cual del sol á los fulgores
su aroma exhalan las flores,
te dió su esencia preciada:
y desde aquel punto, unida
mi alma á tí por fuerte lazo,
sólo encuentra en el regazo
de tu amor dicha cumplida.
Puede esa dicha faltar,
mas no su amor perecer,
que al enseñarla á querer
no la enseñaste á olvidar.
¿Y pues que á tu amor inmolo
cuanto más quiero en la tierra,
no habrá algun medio?

FERNANDO. Se encierra
mi esperanza en uno solo.
A España debo partir
al nacer el nuevo día,
si estás dispuesta á ser mía
conmigo puedes venir.

LAURA. ¿Contigo?

FERNANDO. Juntos los dos
al destino venceremos,
y hoy mismo nos uniremos
ante un ministro de Dios.
Serás mi esposa.

LAURA. Dichosa
me hiciera, que harto lo ansío;
pero á esa costa, bien mío,
no es posible ser tu esposa.

FERNANDO. Basta. Todo ha terminado;
á verte no volveré.
¡Tus juramentos, tu fe
cuán poco tiempo han durado!

LAURA. (Luchando con opuestos sentimientos.)

(Es imposible... Yo muero.)
FERNANDO. Todo al fin se concluyó.
Adios para siempre.
(Se dirige resueltamente á la puerta.)
LAURA. (Al verle, en un arranque de pasión.) No.
A las dos.
FERNANDO. Vendré.
LAURA. Te espero.
(Vase Fernando por la puerta secreta, y Laura queda como agobiada en el centro de la estancia.)
BEATRIZ. Ay de mí; ¡temblando estoy!
¡qué ratos me hacéis pasar!...
Pero es tarde y sospechar
pueden si os ven... Vamos.
LAURA. (Maquinalmente.) Voy.
(Vase Beatriz por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

LAURA.

(Después de una ligera pausa.)
¿Qué hice? ¡Ay de mí! No lo sé.
Ofuscada mi razón,
la voz de mí corazón
únicamente escuché.
Piedra al abismo arrojada
no pára hasta el fondo mismo...
¡Piedra soy en el abismo
de la pasión despeñada!
(Pausa corta.)
Lágrimas, que detenidas
mí corazón maltratáis,
salid, para que podáis
darle alivio al ser vertidas!

ESCENA V.

LAURA y CONDE por el foro, después FORTÚN.

CONDE. Aquí retirada y sola,
¿qué haces Laura? (Pobre de ella.)
LAURA. Sola nó, que me acompañan
constantemente mis penas.
CONDE. Harto siento tus pesares
y remediarlos quisiera.
LAURA. ¿Teniendo fácil remedio,
por qué el remedio me niega?
CONDE. Ese amor es imposible.
LAURA. En él mi dicha se encierra
CONDE. Olvídale para siempre.
LAURA. Eso es decirme que muera.
Y, á mi pesar, este amor
tiene en mí tanta influencia,
que no podré obedeceros
aunque obedeceros quiera.
CONDE. ¡Qué dices!
LAURA. Muerta mi madre
al darme á mí la existencia,
sin que jamás el consuelo
de sus caricias sintiera.
Acostumbrada á vivir,
por mi mal, desde edad tierna
de todo el mundo alejada,
aquí, en reclusión perpetua;
viendo en mi padre un soldado
á quién las luchas sangrientas
ni tiempo que consagrar
á mi cariño le dejan;
sin amigas ni afecciones,
sola yo con una dueña,

cuyas canas mal se avienen
con el fuego de mis venas,
¿qué mucho que al encontrar
mi alma, de amores sedienta,
quien con su dicha gozara
y su dolor compartiera,
quien al consagrarle amante
su cariño y su existencia,
le hizo entrever unos goces
que no imaginó en la tierra;
qué mucho, que agradecida
á tan repetidas pruebas,
con su cariño, tratase
de pagar tan noble deuda:
y que siendo al nacer solo
chispa imperceptible apenas
este cariño, en mi pecho
se trocase inmensa hoguera,
que apagar pretende en vano
vuestro rigor, pues es fuerza
que el impulso de su llama
avive la resistencia?

CONDE. (Irritado.) Basta. Por última vez
mi cariño te aconseja,
y si á consejos no atiendes
obedecerás por fuerza:
que á todo me hallo dispuesto,
y, si necesario fuera,
antes que mirarte suya
prefiero llorarte muerta.
(Aparece Fortún en el foro.)

LAURA. Padre. (Suplicante.)

CONDE. Basta, que es ya tarde;
marcha de aquí. Fortún, llega
quiero hablarte. (Fortún se adelanta.)

LAURA. Padre mio,

tened piedad.

CONDE. Cesa, cesa.

LAURA. Se lo pido por mi dicha,
por mi madre.

CONDE. (Irritado.) Pues por ella
no ha de ser.

LAURA. ¿Por qué razón?

CONDE. Es inútil que lo sepas.
Pronto, vete.

LAURA. (Con amargura.) No es posible
que á vuestro mandato ceda:
¿qué podrá mi voluntad
siendo esclava de la ajena?
Amor nuestros corazones
juntó en unión tan estrecha,
que no podré obedeceros
aunque obedeceros quiera!
(Vase por la primer puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

CONDE y FORTÚN.

CONDE. ¿Que dices? A mí amenazas?
¿A obedecerme se niega,
y quiere luchar conmigo
cual de potencia á potencia?
¿No sabe que han de cumplirse
mis órdenes á la letra,
y que mis indicaciones
órdenes son para ella?
¡Ay si falta á mis mandatos
y quebranta la obediencia
que me debe, que á su culpa
será adecuada la pena!

FORTÚN. En su indomable carácter
al hallar la resistencia
tenaz, que en vos ha encontrado
no es fácil que al pronto ceda.
Tal vez por medios suaves...
podáis...

CONDE. (Bruscamente.) Reporta la lengua,
que no gusto de consejos
que no pido.

FORTÚN. No creyera
que os ofendiesen mis frases;
mas como desde pequeña
á doña Laura conozco,
me conduelo de sus penas.

CONDE. ¿Y juzgas tú, por ventura,
que es mi condición tan fiera,
que sus tristes infortunios
mire con indiferencia?
¿Que pueda ver impasible
su dolor y su tristeza,
yo que por verla dichosa
mi sangre, mi vida diera?
Pero ese amor no es posible,
y quiero que se convenza
que no tengo de ceder
suceda lo que suceda.
Del hijo de don Ramiro
es imposible que sea
esposa.

FORTÚN. (Con terror.) ¿Con que era el hijo?

CONDE. Sí, Fortún, mas ¿qué te altera?

FORTÚN. Señor, los remordimientos,
los gritos de mi conciencia.
Por el interés cegado
en una noche funesta
del castillo de mi dueño

os dejé franca la puerta
y con vos en él entraron
el deshonor y la afrenta.
(Conmovido.) ¡Cómo lloraba la pobre
de mi señora! ¡Qué pena
desgarró su honrado pecho
al arrancarla por fuerza,
del hogar de sus amores!
¡Cuán bien mi afán la recuerda
cuando presa en vuestros brazos,
la ví por la vez postrera!
¡Si aun escuchar me figuro
los mil ecos que en la selva
vecina al castillo alzara
el caballo en su carrera! (Pausa.)
De mi *hazaña* con el precio
escapé á lejanas tierras,
por evadir el castigo
y disfrutar de mi hacienda;
pero lo que da el diablo
el diablo al fin se lleva,
y desesperado y pobre,
á los tres años apenas,
aquí vine á suplicarle
que á su servicio admitiera
á quien por vos honra y calma
sacrificó; y ahora llega
la expiación.

CONDE. Ja! ja! chocheces,
puerilidades de vieja.
Los años en tu valor
han hecho profunda mella.

FORTÚN. No, señor: es que yo temo...

CONDE. Eso es lo malo, que temas.
El hombre debe ser hombre
desechando esas quimeras,

que apellida el vulgo necio
los gritos de la conciencia,
y no són más que las voces
de su miedo.

FORTÚN. Mas la eterna
justicia...

CONDE. No se preocupa
de unas cosas tan pequeñas.

FORTÚN. Será lo que vos queráis,
superstición ó flaqueza,
pero cada vez que miro
ese retrato, me llena
(Señala el retrato que hay á la derecha.)
de angustia: tristes recuerdos
me maltratan: igual era
el que mi señor tenía
en su castillo.

CONDE. Sí; de ella
prendado, cuando dudaba
todavía que pudiera
lograr mi intento, anhelando
de algún modo poseerla
conseguí del sabio artista,
que aquel retrato le hiciera,
que á mis ruegos accediendo
trazase la copia esa.
(Transición.) Mas, dejando á un lado ya
tu eterna canción, es fuerza
que tomemos precauciones
por si el capitán intenta
alguna cosa. ¿Cumpliste
con lo que mandé?

FORTÚN. Ya queda
todo revisado.

CONDE. ¿Y qué?

FORTÚN. Cerradas están las puertas

todas, y bien vigiladas.
La llave que no se encuentra
es la del postigo, pero
con fuerte barra sujeta
ha quedado asegurada
y firme.

CONDE. Pues bueno, queda
tú al cuidado, que es posible
que acaso Laura pretenda
hablar con el capitán.

FORTÚN. Difícil será la empresa.
(Fortún coge la luz que está sobre la mesa y sale por la primera puerta de la izquierda alumbrando al Conde que le sigue.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

(Queda la escena á oscuras y después de una ligera pausa entra FERNANDO saltando por el balcón que habrá dejado abierto BEATRIZ.)

Al fin llegué. Nada veo.
¿Oye Laura? No responde.
(Buscándola por la escena.)
¿Si habrá sospechado el Conde?
Imposible; no lo creo...
Cerrado el postigo hallé
y aunque la llave giró,
á su impulso no cedió,
y como entonces noté
pasos dentro, me temí
ser por alguien sorprendido,
y á este balcón decidido
por una escala subí.

¡Sombra en torno! No me asombra
si vine dicha á buscar,
que halle mi dicha al llegar
desvanecida en la sombra.

(Mira en torno y se fija en la primera puerta de la izquierda en que comienzan á verse los reflejos de la luz.)

Pero hacia la puerta aquella
se ven pálidos reflejos
de una luz. (Asomándose.) Sí, allá lejos
una forma... ¿Será ella? (Pausa.)
No; es un hombre... un servidor
del Conde... El mismo escudero
de ayer, con su aspecto fiero
y su cara de traidor.
Aquí podré retirado
mientras pasa... (Ocúltase en el foro. Fortún entra, coloca la luz sobre la mesa y se sienta.)

ESCENA VIII.

FERNANDO y FORTÚN.

FORTÚN. (Dejando la luz sobre la mesa.) ¡Triste suerte!
Si es preferible la muerte
á mi angustia.

FERNANDO. (Se ha sentado.)

FORTÚN. Ha tiempo que, á mi pesar,
en confusiones me pierdo,
sin conseguir el recuerdo
de aquella noche borrar.
¡Noche horrible!

FERNANDO. (Sí; no hay duda,
algo debe suceder.

Yo necesito saber
la verdad lisa y desnuda.
Quizá un peligro amenaza
á Laura.)

FORTÚN. Tengo presente
hasta el menor incidente.

FERNANDO. (Mi corazón despedaza
la duda.) (Se ha ido adelantando poco á poco.)

FORTÚN. De don Ramiro
el hijo tal vez sabrá
la verdad é intentará
vengarse.
(Al ruido que hace Fernando mira y le ve.)
¡Pero qué miro!
¿Vos aquí?

FERNANDO. Calla insensato,
y tu posición no agraves,
ó me dices cuanto sabes,
ó aquí ahora mismo te mato.

FORTÚN. (Aterrorizado.) Don Fernando.

FERNANDO. Sospeché
cuanto pasa y he querido...

FORTÚN. Señor, compasión os pido.

FERNANDO. ¿Luego no me equivoqué? (Con interés.)
Habla, pronto.

FORTÚN. Por piedad.

FERNANDO. Acabas, ¡ó por quién soy!

FORTÚN. Ved que arrepentido estoy
de mi crimen.

FERNANDO. La verdad;
pronto; ¿ella? (Fernando pregunta por Laura temiendo algun peligro y Fortún le habla de su madre.)

FORTÚN. Fué inocente
fiel adoraba á su esposo;
mas el Conde licencioso

consiguió traidoramente
una noche penetrar
cn el vetusto castillo
de vuestro padre, y el brillo
de su honor puro empañar.

(Fernando ha empezado á oir sin comprender, después empieza á darse cuenta, pero aun se encuentra lleno de confusiones.)

FERNANDO. ¿Que estás diciendo?

FORTÚN. Cegado
por la codicia accedí
á sus instancias; yo fuí
quien la puerta...

FERNANDO. (Comprendiendo ya todo, estalla su ira.)
¡Desdichado!
Ya entiendo.

FORTÚN. (Arrojándose á sus plantas) Por vuestra madre
perdon os pido, señor.

FERNANDO. ¿Conque tú fuiste el traidor
escudero de mi padre?
¡Y el Conde villano, ha sido
el que!...

FORTÚN. (Con extrañeza.) ¿Pues no lo sabía?

FERNANDO. ¿Piensas tú que aun viviría
si antes lo hubiera sabido?
¡Oh! con que grato contento
mi corazón saborea
ya su venganza! ¡Esta idea
fué mi solo pensamiento!
Ella alienta y vive en mí
encarnada de tal suerte,
que pienso que ni la muerte
puede arrancarla de aquí.
(Golpeándose el pecho.)
Corre, avisa á tu señor;
pero pronto: ten en cuenta

que la dilación aumenta
su peligro y mi furor.
(Vase Fortún por la primer puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

FERNANDO.

Ya la ira que oprimida
guardé en mi pecho, al brotar
brama, cual brama al chocar
el torrente en su caída.
Y pues al fin ha escuchado
mi ardiente voto el destino,
colocando en mi camino
á ese infame tan odiado;
gozándome en su derrota
su crimen castigaré,
y su sangre verteré,
de ella avaro, gota á gota. (Pausa.)
¡Su sangre! Poco es la vida
para esta rabia que siento.
¡Inspírame pensamiento,
una venganza cumplida!
. . . .
El, la honra de mi hogar
mancilló; pues bien, yo ahora
debiera.... ¿Mente traidora,
adonde vas á parar?...
Ella es pura, es inocente...
¡También mi madre lo era!
Nunca... Deshonrarla fuera
deshonrarme juntamente.
¿Por qué el odio en que me abraso

quiere, al matar mi esperanza,
la aurora de mi venganza
hacer de mi amor ocaso?...
Mas calla tú, corazón;
el destino así lo quiere:
quien á hierro mata, muere
á hierro... ¡Justa expiación!
No; pensamiento maldito
indigno de un pecho honrado.
¿Qué delito ha disculpado
la infamia de otro delito?

. . . .

Que al vengarme de ese hombre,
como cumple á un caballero,
manche su sangre en mi acero,
no su deshonra mi nombre.

ESCENA X.

FERNANDO y LAURA que entra precipitadamente.

LAURA. Fernando.
FERNANDO. ¡Laura!
LAURA. Por Dios,
huye; mi padre hacia aquí
irritado...
FERNANDO. (Con alegría y fiereza.) ¿Viene?
LAURA. Sí.
Por la dicha de los dos
márchate.
FERNANDO. Vana locura.
LAURA. Escucha.
FERNANDO. Cesa.
LAURA. Repara.

FERNANDO. Si en hallarle cara á cara,
hoy se cifra mi ventura!
Si doy por bien empleado,
hoy á mi alcance al mirarle,
por el placer de matarle
el dolor que me ha causado!
Si con creciente interés
aquí afanoso le espero,
para ultrajarle, primero;
para matarle, después.

LAURA. No así te ciegue el furor.

FERNANDO. La suerte está decidida.

LAURA. Arriesgas mi honor, tu vida...

FERNANDO. Yo pondré á salvo tu honor.

LAURA. (Viendo la luz del alba que comienza á penetrar por el balcón.)
Pero amanece entre tanto

FERNANDO. Nada importa.

LAURA. Yo deliro. (Haciendo esfuerzos por llevarse á Fernando hacia la puerta secreta y al llegar en frente del balcon mira hacia la calle.)
Ven por aquí; mas que miro!
Es ya tarde, cielo santo!
(Deja á Fernando que retrocede viniendo á colocarse en el centro de la escena.)
Esa luz me causa horror
que del alba hoy los destellos
luz para mí no son ellos
si no sombras de mi honor.
Ves esa gente agrupada
mirar aquí fijamente,
por esa escala pendiente
mi honra cayó despeñada.
(Arrojándose llorando á los pies del retrato de su madre.)
¡Madre del alma!

FERNANDO. (Fijándose en el retrato.) ¡Qué veo!
¿Esa su madre? Qué idea...
¿Es posible que ella sea?

ESCENA XI.

Dichos CONDE; después jefe de la ronda, y alguaciles. El CONDE aparece en la puerta primera de la izquierda.

CONDE. ¡Aquí los dos! (Fernando se vuelve y al verle corre á él y apretándole fuertemente por el brazo le lleva al centro de la escena.)

FERNANDO. (Aparte.) ¿Ah?... Deseo,
quiero, exijo, ¡pena insana!
que me digas prontamente
quién es aquesta inocente;
¿es por ventura?...

CONDE. ¡Tu hermana!

FERNANDO. ¡Cielo santo!

(A este grito se vuelve Laura. El Conde se dirige al balcón Fernando queda en medio de los dos aunque un poco más atrás.)

CONDE. Ese rumor...
esa escala... El pueblo aquel...
ese confuso tropel
que se acerca... ¡Ay de mi honor!
Aun es tiempo. Tras de mí
cual famélica jauría,
á cebarse en la honra mía
corre la plebe hacia aquí.

LAURA. Padre. (Ocultando el rostro entre las manos.)

CONDE. Mas de aquesta suerte
yo haré que al hallarte venza
al carmín de la vergüenza

la palidez de la muerte.

(Saca una daga y se precipita sobre Laura. Fernando con un movimiento instintivo se adelanta y el Conde en vez de herir á Laura descarga el golpe sobre Fernando.)

FERNANDO. (Adelantándose.) Nunca.

CONDE. (Retrocediendo al ver que ha herido á Fernando)
¡Cielos!

LAURA. ¡Desdichado!

(Fernando, después de vacilar, cae al suelo y Laura á su lado, el Conde en medio de la escena. En el momento de caer Fernando aparece en el foro la ronda.)

EL JEFE DE LA RONDA. Alto de la ley en nombre.
(Viendo á Fernando en tierra, dirigiéndose al Conde.)
Pronto, decid, ¿á ese hombre
quién hirió?

CONDE. Yo le he matado.

FERNANDO. (Incorporándose entre los brazos de Laura.)
Miente, no; no le maltraten...
él no ha sido... He sido yo.

LAURA. (Gracias, Fernando.)

FERNANDO. (Con ira reconcentrada.) (No, no,
es porque no me le maten.)

TELÓN.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA I.

CONDE y BEATRIZ. Al alzarse el telón Beatriz se dirige hacia la primer puerta de la izquierda á tiempo que el Conde aparece en la del foro.

CONDE. Beatriz.
BEATRIZ. Señor conde.
CONDE. ¿Laura
despertó ya?
BEATRIZ. Levantada
está hace tiempo.
CONDE. ¿Y que tal,
se halla mejor?
BEATRIZ. Por desgracia
su dolencia va en aumento,
que á cada instante que pasa
se acrecienta su tristeza,
y su malestar se agrava.
CONDE. ¡Infeliz! ¿Y ella qué dice,
de qué se queja?
BEATRIZ. De nada.
Transcurren dias enteros
sin hablar una palabra;

y en su silencio elocuente,
puesto que á expresar no alcanzan
las frases sus sentimientos,
hace intérprete á sus lágrimas.
Al principio con frecuencia
y vivo afan preguntaba
por don Fernando y su estado,
hasta que supo que sana
del todo estaba su herida.

CONDE. ¿Y al saberlo?

BEATRIZ. Le esperaba
por momentos, repitiendo
entre temor y esperanza:
¿Es posible que mentidas
fueran sus amantes ansias?
¿Es posible que se olvide
en tan tristes circunstancias,
de la que, siendo inocente,
tiene en peligro su fama,
y cual cumple á un caballero
no se apreste á restaurarla?
Pasaron dos ó tres dias,
y al mirar sus esperanzas
desvanecerse...

CONDE. ¿Qué hizo?

BEATRIZ. Verter ardorosas lágrimas;
enmudecer, y en silencio
apurar la copa amarga
de su infortunio; y su cuerpo,
como tiene enferma el alma,
languidece poco á poco
cual un arbusto sin savia.
Y si hoy aún tiene remedio,
quién sabe, quizás mañana
será tarde y es preciso
salvarla, señor, salvarla.

CONDE. ¿Mas cómo? (Como hablando consigo.)
BEATRIZ. Yo estoy segura
que don Fernando la amaba
de tal modo, que por ella
todo lo sacrificara:
si vos queréis, yo iré á verle
le diré...
CONDE. ¡Nunca!
BEATRIZ. ¿Qué?
CONDE. Basta.
¡Mil veces antes la muerte!
BEATRIZ. Reparad...
CONDE. Ni una palabra.
BEATRIZ. Es que muere sin remedio,
que aquella mente exaltada
comienza ya á delirar;
es...
CONDE. ¡Vive Dios! si no callas,
te he de hacer...
BEATRIZ. Señor.
CONDE. Silencio.
¡Ay de tí si un punto tratas
de contravenir mis órdenes!
Que si hasta aquí tolerancia
contigo tuve, de hoy más
estoy dipuesto á no usarla.
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II.

BEATRIZ y á poco á FORTÚN.

BEATRIZ. ¡Qué carácter! si no fuera
porque me da tanta lástima

de doña Laura, ahora mismo
abandonaba esta casa.
¡Qué orgulloso! Pues las cosas
están para orgullo: vaya,
la honra y vida de su hija
le ofrecen y las rechaza,
pues no tardará en pesarle...

FORTÚN. (Por el foro.) ¿Qué murmuras buena alhaja?

BEATRIZ. Hola, ¿de dónde venís?

FORTÚN. ¿Y el señor conde?

BEATRIZ. Ahora acaba
de marcharse.

FORTÚN. ¿Adónde ha ido?

BEATRIZ. Pronto vendrá. Fué á la estancia
de su hija.

FORTÚN. Y ¿cómo sigue?

BEATRIZ. Mal, muy mal.

FORTÚN. ¡Desventurada!

BEATRIZ. Como su padre no ceda.

FORTÚN. Imposible.

BEATRIZ. ¿Por qué causa?

FORTÚN. Por causa que no os importa.

BEATRIZ. Siempre afable.

FORTÚN. Vamos, basta
de conversación, y al conde
avisad; que la importancia
del asunto no permite
dilaciones...

BEATRIZ. Tenga calma.

FORTÚN. Vive Dios que iréis al punto
ó por quien soy.

BEATRIZ. Vaya, vaya,
vos también.

FORTÚN. Vuelvo á deciros
que no es asunto que en calma
puede tomarse, y que el conde

os hará pagar muy cara
esta dilación.

BEATRIZ. (Con calma.) Yo iré.
Mas ¿de qué asunto se trata?
¿Por ventura don Fernando?..

FORTÚN. (Irritado.) Don demonio. Ya se acaba
mi paciencia. ¿Quereis ir?

BEATRIZ. No griteis.

FORTÚN. Si no mirara...

CONDE. (Apareciendo en la primera puerta izquierda.)
¿Qué significa?

FORTÚN. (Respetuosamente.) Señor.

BEATRIZ. Es que Fortún... (Queriendo disculparse.)

CONDE. Bueno, basta.
Beatriz, doña Laura espera.
(Indicándola la puerta.)

BEATRIZ. Voy corriendo. (Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

CONDE y FORTÚN.

CONDE. Y bien, ¿qué pasa?

FORTÚN. En este mismo momento
de don Fernando de Lara,
este papel han traido,
y la respuesta demandan. (Entregándoselo.)

CONDE. Dame.

FORTÚN. Tomad.

CONDE. (Leyendo.) «Si no quiere
que yo en su propia morada,
como á un reptil en su antro,
á darle la muerte vaya,
sin dilación, que no admiten
su crimen y mi venganza,

vuele al bosque solitario
que de su casa á las tapias
está vecino, y en él
veremos si es que se iguala
el valor de que blasona
con su vileza de alma.»
¡Miserable! Cree, sin duda,
al ver mi cabeza cana,
que la nieve de los años
mi ardor juvenil apaga;
»sin reparar que las nieves, (1)
»que coronan las montañas,
»en alud se precipitan
»que, en su poderosa marcha,
»cuanto se opone á su paso
»troncha, destruye y arrasa,
»sin que obstáculo ninguno
»pueda servirle de valla.»
Pronto dile que si él tiene
deseos de la venganza,
aun mayores son los mios
de encontrarle cara á cara.
Que corra en seguida al sitio
que en su escrito me señala,
seguro que he de esperarle
por muy ligero que él vaya.
(Se dirige Fortún al foro.)

FORTÚN. Voy al punto.

CONDE. Oye, Fortún.

FORTÚN. Señor.

CONDE. La puerta de entrada
del jardín abre; por ella
abreviaré la distancia.
(Vase Fortún segunda puerta izquierda.)

(1) Lo entrecomado puede suprimirse en la representación.

ESCENA IV.

CONDE.

¡Insensato! Ha presumido
que me horroriza la muerte;
cuando en mi contraria suerte
es lo que al cielo le pido.
La muerte; nó; á mi pesar
yo anhelo la vida, sí,
qué fuera de ella, ¡ay de mí!
si le llegase á faltar?
De ella, que en su desconsuelo
con un silencio elocuente,
es la encarnacion viviente
de la justicia del cielo.
Y por eso su presencia
busco con ciego interés,
y al mismo tiempo ella es
torcedor de mi conciencia.

ESCENA V.

CONDE y LAURA, y luégo FORTÚN.

LAURA. ¿Qué sucede? Me temí
al escuchar vuestro acento,
que acaso en este aposento
se hallase.
CONDE. ¿Fernando?
LAURA. Sí.
CONDE. ¿Y aun tú le esperas? Mentida
esperanza.
LAURA Puede ser;

pero si no ha de volver,
padre, quitadme la vida.

CONDE. ¿Tanto le quieres? (Con amargura.)

LAURA. Le quiero,
le adoro tan ciegamente,
que si vivo es solamente
porque afanosa le espero.
Y así, pues que al no venir
el dolor me ha de matar,
dejadme al menos dudar,
porque dudar es vivir.
En estas noches, que apenas
reposo y padezco tanto,
y en la oración y en el llanto
busco un alivio á mis penas,
mi ardiente imaginación,
labrando extraño tejido
de las venturas que han sido
y las angustias que son,
me maltrata sin piedad,
tales quimeras forjando
que estoy á veces dudando
si es delirio ó realidad.
Ya de mi madre querida
la imagen se me presenta,
y me acaricia, y se sienta
á mi lado enternecida,
y, en su amante desvarío,
tal parte toma en mi mal,
que parece que es igual
su dolor al dolor mío.
Ó ya de Fernando veo
la figura ensangrentada
y, fija en mí su mirada,
su acento, que escuchar creo,
me dice: Dudar de mí

no debes, ni de mi amor:
tu honor es mi propio honor;
velar por él te ofrecí.
Y á la par turba maldita
me persigue encarnizada,
y sin cesar: ¡deshonrada!
con ronco acento me grita.
(Ocultando el rostro entre las manos.)
¡Oh que vergüenza; hay de mí!
¿Por qué siendo yo inocente,
sufro como delicuente
pena que no merecí?

CONDE. (Conmovido.) Mi Laura.

LAURA. Padre, yo sé
que si vos no os oponeis
él vendrá; ¿por qué queréis
matarme, padre, por qué?

CONDE. ¿Qué dices? hija querida,
yo querer... Cómo ni cuándo...

LAURA. Pues bien, dejad á Fernando
venir á darme honra y vida.

CONDE. No le esperes; su amor era
mentido, para tu daño.

LAURA. No: ¿si así fuese el engaño
quién la verdad conociera?
El vendrá.

CONDE. Vana ilusión,
que verás desparecer.

LAURA. No, no; si no puede ser,
me lo dice el corazón.
Y es inútil, que impostura
fué su amor, probarme intente:
¿quién finge tan cuerdamente
amor, que es todo locura?

CONDE. Vé que esa pasión cruel
te pone fuera de tí.

LAURA. ¡Qué importa no estar en mí
si consigo estar en él!
(Ligera pausa.)
Padre, no aumentéis la cruda
angustia que me devora,
con vuestra duda traidora
dando pábulo á mi duda.
No es posible que haya un sér
tan cobarde y degradado,
que deje así deshonrado
el nombre de una mujer.

CONDE. ¡Deshonrada! (Como hablando consigo mismo.)

LAURA. Aunque inocente
soy ante el mundo culpada,
y de impureza manchada
ve la malicia mi frente.
(Pausa.)
¿Qué sería, padre mío,
de mi honor si él no volviera?
¿Y de mi vida qué fuera
á ser cierto su desvío?
Y él también; qué sufrimientos
no amargaran su existencia,
cuando viera en su conciencia
brotar los remordimientos!

CONDE. ¡Hija! (Como un grito de dolor.)

LAURA. ¡Cuando allá en su mente,
como un espectro se alzase
su víctima, y le mirase
cara á cara, y frente á frente!
Y siempre tras de él en pos
gritándole:

CONDE. (Pena insana.)

LAURA. Donde la justicia humana
no alcanza está la de Dios.
¡La de ese Dios que condena,

en su poder infinito,
haciendo que del delito
se engendre y nazca la pena!

CONDE. Laura... ¡Ah! (¡Cómo maltrata
(Abrazando á Laura.)
su acento mi corazón!
¡qué á hierro muera es razón
quien también á hierro mata!
Mientras él con sus rencores
solo mi furor excita,
ella á mi conciencia grita
con desgarrados clamores.)

FORTÚN. (Apareciendo en la segunda puerta izquierda.)
Señor...

CONDE. Adios. (Desprendiéndose de sus brazos.)

LAURA. ¿Os marchais?

CONDE. Es preciso; volveré
muy presto.

LAURA. No sé por qué
siento un pesar. ¿Dónde vais?

CONDE. Nada temas; á tu lado
me verás pronto. (Quizás
no vuelva á verla jamás.)
(Sin poderse contener se vuelve á arrojar en los brazos de Laura.)
¡Hija del alma! (Angustiado
mi corazón romper quiere
la cárcel en que se agita.
¡Calla, conciencia maldita!
¡Corazón padece y muere!)
(Vase por la segunda puerta izquierda seguido de Fortún.)

ESCENA VI.

LAURA.

¿Será cierto que mi amor
paga con negra falsía,
y que, perjuro y traidor,
mi corazón y mi honor
desgarra con mano impía?
¡Imposible... duda tal
no puede caber en mí!
¿Quién fuera tan criminal
que sólo por hacer mal
mintiese dichas así?
Su amante acento en mi oído
constantemente resuena,
de ardiente expresión henchido,
vago cual eco perdido
y profundo cual mi pena.
Yo espero á cada momento
verle llegar, y entretanto
por aplacar mi tormento
mi rebelde pensamiento
ahogo en el mar de mi llanto.

FERNANDO. (Dentro.) Sí; ya por todo atropella
mi venganza. En dónde está?
Yo le encontraré.
(Apareciendo en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

FERNANDO y LAURA.

LAURA. (Volviéndose.) ¿Quién va?
¡Qué miro... (Reconociendo á Fernando.)

Fernando! (Corriendo á él.)
FERNANDO. ¡Ella! (Contrariado.)
LAURA. No es sueño; no es ilusión,
no es engañosa mentira;
eres tú, por quien delira
mi angustiado corazón.
Ven, Fernando, aquí á mi lado...
Por fin, por fin has venido.
¡Cuánto sin verte he sufrido!
¡Cuánto por verte he llorado!
FERNANDO. ¡Laura!
LAURA. ¡Sí! ¡Cuán lentamente
el tiempo se deslizaba,
mientras mi amor te esperaba
ansioso constantemente!
¡qué horas de eterna agonía
y de padecer eterno,
en las que todo un infierno
en mis entrañas sentía!
La duda, la horrible duda,
que contra el bien se abalanza,
luchaba con mi esperanza
en guerra implacable y ruda;
y era tal su batallar,
y era tal mi padecer,
que ella comenzó á vencer,
que yo comencé á dudar.
FERNANDO. ¡Qué dices!
LAURA. Si te ofendí
yo imploro tu absolución,
que bien merezco el perdón
por lo mucho que sufrí.
FERNANDO. (¿Y yo he causado tal pena
á esta infeliz?)
LAURA. Por mi amor!
FERNANDO. (No, si fué mio el rigor

ha sido la culpa ajena.)
LAURA. ¡Vida mía!
FERNANDO. (Dios clemente.)
LAURA. Dame el perdón deseado.
FERNANDO. (¿Qué pena tendrá el culpado,
si así sufre el inocente?)
¿Yo perdonarte? ¿Y de qué?
LAURA. Cuantos de tu amor me hablaban
traidores me aseguraban
que era mentida tu fe.
FERNANDO. ¿Que era mentira dijeron?
LAURA. Pero cuando así me hablaron,
¿no es verdad que me engañaron?
¿No es verdad que me mintieron?
Hoy verán que fué tu amor
noble, puro y generoso,
cuando llegas presuroso
á darme vida y honor.
¿No es cierto? ¿Dime, no es cierto?
(Fernando vacila.)
¿Por qué callas? (Ligera pausa.) Vano empeño
responde.
FERNANDO. (Con amargura.) Todo fué un sueño;
todo entre los dos ha muerto.
LAURA. ¡Que todo ha muerto!... ¿Es verdad
que esto dijiste?
FERNANDO. Oye.
LAURA. (Sin oirle.) ¿Dí?
Respóndeme: ¿Callas? ¡Sí!
¿Luego es cierto?
FERNANDO. Por piedad
escucha.
LAURA. (Me ahoga el quebranto,
y el desengaño me mata.)
FERNANDO. Laura.
LAURA. (Con dignidad.) ¡Nunca! (Me delata

mi mal reprimido llanto.
Mas con él calmar presumo
esta angustia en que me anego,
que el agua arrojada al fuego
trueca al fin su ardor en humo.
¡Oh qué angustia, qué agonía;
mi vista se me oscurece;
mi razón se desvanece;
y mi mente se extravía.)

FERNANDO. Penas te vengo á causar
con que aumentar tu amargura,
que quien vive sin ventura
sólo penas puede dar.

LAURA. Creyendo tu falso amor
vida y honor en tu mano
puse un día, y tú, ¡villano!
me robas vida y honor.

FERNANDO. Tú no puedes apreciar
toda la angustia que siento,
todo mi horrible tormento,
todo mi fiero pesar!
Tú no sabes cuánto diera
porque ese amor...

LAURA. Y aun se atreve
á hablar de amor el aleve!

FERNANDO. Escúchame.

LAURA. No: que fuera
escucharte, aparecer
de tu cariño mendíga.

FERNANDO. Oye: deja que te diga
la razón...

LAURA. ¿La puede haber?
¿Cómo acallar con razones
los gritos de la pasión,
si nunca existió razón
donde imperan las pasiones?

*

FERNANDO. Pero al menos...
LAURA. Sella el labio,
que en tu infame proceder
cada disculpa ha de ser
á mi amor un nuevo agravio.
Y pues llegaste á decir
que nuestro amor sueño ha sido,
ni más decir has debido
ni yo debo más oir.
(Le dirige una mirada altiva de desprecio y sale por la primer puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

FERNANDO.

Escucha... ¡Maldita suerte!
¿Por qué al vengar mis agravios
de esa infeliz en los labios
hallo el reproche y la muerte?
¿Mi causa es justa? Si tal.
¿Y mi venganza? También.
¿Por qué pues si yo obro bien
ante ella soy criminal?
Ella su honor confió
á mi amor y mi hidalguía,
y ahora ve que cual debía,
no vengo á dárselos yo.
¿Debo el misterio aclarar
ó en el silencio sufrir?
¿Su torpe error consentir
ó mi agravio divulgar?
Si refiero de su padre
el crimen, del ha nacido
Laura... Callar he debido
por ella, mi honra y mi madre.

Callar, sí; y en mi tormento
ahogar de mi angustia el grito,
hasta vengar su delito
y cumplir mi juramento.
(Ligera pausa.)
Turbias olas, sin cesar,
negro peñón azotando
le cercan fieras bramando,
y queriéndole arrollar;
con esfuerzos temerarios
se alzan, encrespan y crecen,
y al chocar desaparecen
bajo sus blancos sudarios.
Mientras, envuelto en las brumas,
sobre el abismo, imponente
se alza el peñón, cuya frente
salpican blancas espumas.
¿Qué importa que del dolor
las olas, con furia loca,
rujan aquí;
(Golpeándose el pecho.) si es de roca
al vengar mi deshonor?

ESCENA IX.

FERNANDO y el CONDE.

CONDE. (Apareciendo en el foro.) Inútilmente esperé
su llegada.
(Repara en Fernando.) ¡Mas qué veo!
¿Aquí tú? Sí; tu deseo
criminal tan solo fué,
hacerme salir de aquí
para en tanto...
FERNANDO. (Con ira.) Sella el labio,

que bastó para mi agravio
que tal pensaras de mí.
Tan villano pensamiento,
digno de quien lo engendrara,
mi odio implacable aumentara
si en él cupiese el aumento.
Al sitio llegué anhelante,
con ciego afán te busqué,
largo trecho te esperé
siendo un siglo cada instante;
y, viendo que retardar
tratabas lance de honor,
dudando de tu valor,
aquí te vine á matar.
Defiéndete; ya el acero
vibra en mi convulsa mano...
¡Si obraste como villano
muere como caballero!
(Desnuda la espada y lo mismo el Conde.)

CONDE. Lucha y calla.

FERNANDO. (Luchando.) Al fin mi ultraje
voy á vengar.

CONDE. (Conde con ironia.) ¿Cómo?

FERNANDO. Así.
(Tira un golpe que el Conde rechaza.)

CONDE. (Idem.) Tu pulso tiembla.

FERNANDO. (Con ira.) Sí, sí;
de impaciencia y de coraje.

LAURA. (Dentro.) ¡Padre!

CONDE. Ese grito angustiado.
¡Laura! ¡Oh!.. Muerto me siento!
(Al sentirse herído.)
¡La voz del remordimiento
á mi brazo ha desarmado!
(Cae en tierra.)

ESCENA FINAL.

Dichos y LAURA, que entra precipitadamente por la primer puerta de la izquierda y corre al lado de su padre. FERNANDO permanece inmóvil y silencioso.

LAURA. ¡Ah, padre!
CONDE. ¡Hija del alma!... Ya no puedo,
mi existencia se escapa por la herida.
LAURA. ¡Oh! llevadme con vos; odio la vida
y ese rojo fantasma me da miedo!
CONDE. Adios, mi Laura... Adios... ¡Ah! ya no al-
[canza
mi vista á distinguir... La adversa suerte
con despiadado afán juntó en mi muerte
remordimientos, víctima y venganza!
LAURA. (Con un grito de dolor.)
¡Muerto! ¡Infame! (Adelantándose á Fernando.)
FERNANDO. Piedad.
LAURA. ¿Tú la has tenido
de mi padre y mi honor?
FERNANDO. ¡Maté á tu padre
para vengar la ofensa que á mi madre
en su honra inmaculada hubo inferido!
Ahora ven á llorar entre mis brazos
tu horrible pena y tu dolor profundo.
LAURA. (Retrocediendo con horror.)
¿Qué lazo puede haber en este mundo
que pueda unirnos ya?
FERNANDO. Los fuertes lazos
que Dios forjó.
LAURA. ¡Qué dices!
FERNANDO. Pues es vana
ya la reserva, el crimen castigado,

escúchame: tu madre... ¡esa!... me ha dado
(Señalando el retrato.)
á mí tambien el sér!

LAURA. (Cayendo de rodillas.) ¡Cielos!

FERNANDO. ¡Hermana!
No mires en tu acerbo desconsuelo
que yo fuí quien la muerte dió á tu padre;
mira en mí al vengador de nuestra madre,
que por nosotros velará en el cielo.

TELÓN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía* y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon y Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.